



Guía de lectura

ARANTZA PORTABALES



ASESINATO
EN EL MOLINO
DEL CURA

Lumen

Penguin Club de lectura

SINOPSIS

Una noche de 1984, tiene lugar una salvaje matanza en Loeiro. Los habitantes lloran la muerte de Berta, una niña de nueve años, pero ignoran la carnicería que se produce en el Molino del Cura. Cuarenta años después, Alba Mariño vive atrapada en un presente sin memoria. Desde pequeña, su cabeza no es más que un territorio devastado: una enorme cicatriz y un vacío imposible de llenar. Sin embargo, una noticia sobre Loeiro en el telediario reabre y aviva un miedo antiguo. A los cincuenta años, Alba decide trasladarse al pueblo costero para enfrentarse a lo que no recuerda. Con

la ayuda de Sinda —la Gestapo—, de César Araújo y de la detective Iria Sancta Clara, emprende una investigación que la conduce a las siniestras hermanas Freijomil, las nietas del cura, y a su sobrina Berta, cuya muerte nunca terminó de esclarecerse. Un crimen enterrado en silencio, un asesino aún vivo y dispuesto a matar, y unos vecinos que saben tanto como callan.

Tras *Asesinato en la Casa Rosa*, Arantza Portabales regresa con un nuevo caso en la Galicia profunda: una intriga brutal que avanza sin piedad hacia un final implacable.

LOS PERSONAJES

IRIA SANTACLARA

Tras la muerte de Ángel, su marido, y la vorágine del caso de los Villamor, la vida de Iria Santaclara ha dado un vuelco considerable. A los cuarenta y tres años, la carrera policial de esta inspectora parece haber llegado tempranamente a su fin: ella querría recuperar su puesto, pero ahora debe contentarse con ejercer de abogada e investigadora privada en un despacho en el centro de Marín, lo más lejos posible del comisario Rial, el hombre que le cerró las puertas de la comisaría de Pontevedra. En otoño de 2025, una petición de su cuñada, que tiene una compañera de trabajo que desea pasar una temporada en Loeiro, la lleva de regreso a este pueblo, donde la esperan viejos amigos y una opaca trama de secretos que tiene en el centro a Alba, la recién llegada. El caso de esta mujer desmemoriada que necesita saber quién es entronca con dos acontecimientos simultáneos que tuvieron lugar cuarenta años atrás: la muerte de Berta, una niña de diez años, y la desaparición de Ignacio Bengoa Aguirre, un médico vasco. Como en el pasado, cuando supo ganarse el título de la mejor inspectora de Pontevedra, Iria se muestra inteligente y tenaz a la hora de buscar la verdad y hacer justicia, pero inmersa en el duelo por la pérdida de Ángel, siente una soledad y vulnerabilidad que la desconciertan y la llevan a pensar que jamás será capaz de pasar página.

«Iria Santaclara salió de la ducha. Se secó la melena rubia, se quitó el albornoz y se puso un pantalón de pijama y una camiseta blanca. Por el hueco de la escalera le llegaba la incansable voz de Sinda, que conversaba en el salón con Alba.

Disfrutaba de la compañía de la Gestapo. La vieja maestra la apreciaba mucho. Respetaba sus silencios, no juzgaba sus decisiones y, sobre todo, no la trataba como si fuera un jarrón chino que se acababa de romper en mil pedazos. Todos a su alrededor se esforzaban en recomponerla, en que volviera la Iria de antes. Sinda sabía que la Iria de antes nunca volvería. Ya no era inspectora de policía, sino investigadora y abogada especialista en criminología y Derecho penal. La habilitación para esta última actividad le había llegado hacía un par de semanas, y se había colegiado como detective privado. Le gustaba tener los papeles en regla. Aunque sabía que no podría investigar delitos perseguibles de oficio, no quería pleitear sin más». (p. 66)

CÉSAR ARAÚJO

El antiguo jefe de Iria se retiró del cuerpo policial hace años, y después de un sombrío período de soledad y duelo por la muerte de su esposa, ahora vive en Loeiro, en la Casa Rosa, junto a Carmen, su nueva pareja. Pese a estar jubilado, continúa ejerciendo de mentor de la investigadora, y es un aliado imprescindible a la hora de ingeniárselas para obtener información y mover hilos institucionales para encauzar la pesquisa. Aunque no siempre coinciden en las hipótesis, los dos forman un gran equipo, y en César, Iria encuentra, además, un sostén afectivo para transitar un doloroso proceso de duelo que el policía retirado comprende en profundidad.

«Los ojos grises de la mujer se tornaron vidriosos. Seguía retorciendo el pañuelo entre las manos, como si se tratase de un molinillo.

—Sucedió hace mucho tiempo —acertó a decir ella, con voz débil—. ¿Podría usted volver otro día y tratar ese asunto con Aurita?

César asintió y se apresuró a abandonar la casa. Conocía esa mirada. Sabía que esa mujer estaba devastada. Parte de su trabajo consistía en hablar con las familias. Buscar las palabras adecuadas para contarles que habían atropellado a sus pequeños, violado a sus hijas adolescentes, o acuchillado a su padre en un atraco. Había aprendido que cada caso era distinto, pero el dolor en los ojos de los hijos, madres, abuelos o esposas era siempre el mismo. También había aprendido que, por mucho que las buscase, esas palabras no eran nunca acertadas porque después de que él las pronunciase, la vida de esas familias cambiaba para siempre.

Sí, César había visto mil veces esa mirada en otras tantas caras distintas.

Era la mirada de aquellos que habían perdido lo que más querían». (pp. 111-112)

SINDA (GUMERSINDA SOBRADO RECAMÁN)

En Loeiro, pocas cosas escapan al control de Sinda, la antigua maestra del pueblo, también conocida como «la Gestapo» por su curiosidad irrefrenable y los prismáticos que siempre lleva consigo para no perder detalle de lo que ocurre a su alrededor. Mujer culta, directa y de lengua afilada, a sus ochenta años continúa sintiéndose vital, aunque un poco más amargada, como si se pareciera cada día más a Olive Kitteridge, uno de sus personajes de ficción favoritos. Perder la independencia es, para ella, el peor de los escenarios, pero cuando sufre una caída que la deja parcialmente inmovilizada, debe aceptar las sugerencias de César e Iria, y dejar que Alba Mariño, recién llegada al pueblo, cuide de ella.

«Sinda observó contrariada cómo una mole blanquecina caía sobre la playa, un denso banco de niebla que la aislaba del resto de Loeiro. Sus prismáticos se tomarían un descanso hoy. Se sentó en la butaca. No le gustaba reconocerlo, pero cada vez se le hacía más cuesta arriba atender las tareas del hogar. No le costaba hacer frente a las labores comunes, como cocinar, lavar los platos o hacer la cama, pero planchar le pasaba factura a sus riñones, y hacía más de dos meses que demoraba el lavado anual de cortinas, colchas y fundas de cojín. Necesitaba ayuda, aunque temía lo que vendría después. Comenzaría con una mujer que acudiría unas horas a la semana y pronto esas horas se multiplicarían hasta que no fuera capaz de hacer nada por sí misma. No tenía nada en contra de las residencias de mayores, y aunque sabía que ese era el destino natural de una anciana sin familia, no quería renunciar así como así a su independencia. Decididamente tenía que dejar de leer a Elizabeth Strout. Su Olive Kitteridge, que en otros tiempos adoró, se había vuelto una vieja tan decrepita y amargada como ella misma. Volvería a la novela negra». (p. 41)

ALBA MARIÑO

En mayo de 2024, Alba está trabajando como auxiliar en una residencia para ancianos de Lugo cuando una imagen de Loeiro en la televisión y el rótulo «La Casa Rosa, propiedad de la familia Villamor Piñeiro» la impactan con tal fuerza que cae al suelo desmayada. Un año y medio más tarde, por sugerencia de una compañera de trabajo, cuñada de Iria, se traslada a Loeiro con la intención de tomarse un descanso y pasar una temporada allí, algo que no le encaja a Sinda: nadie en su sano juicio escoge ese rincón gallego para pasar unas vacaciones en pleno otoño. No es la única que tiene el palpito de que esta mujer de mediana edad, solitaria, amable y empática, esconde algún secreto: su familiaridad con Loeiro, un lugar donde dice no haber estado nunca, es motivo de sobra para albergar sospechas que no hacen más que crecer cuando Alba confiesa que sufre

amnesia retrógrada total desde los diez años. Su infancia es un gran agujero negro, tan inquietante como dos de sus rasgos distintivos: la enorme cicatriz que le atraviesa el cuero cabelludo y la heterocromía del iris. Puede que esos rasgos contengan algunas de las claves para descubrir quién es realmente Alba Mariño y por qué algunos vecinos no están muy contentos con la presencia de una mujer cuya historia parece conectar, por caminos inciertos, con la de Berta Gloria Freijomil Santos, la niña que fue asesinada cuarenta años atrás.

«Corre y corre. Vuelve el golpe en la cabeza, el dolor y la sangre. Una sangre oscura como la noche que la rodea y que se mezcla con los gritos, la lluvia y el miedo. Luego empuja con todas sus fuerzas. Estira las manos que tropiezan con un muro infranqueable.

Vuelve a las sombras altas y tenebrosas. Tres siluetas sin rostro se aproximan, cada vez están más cerca.

El ojo se agranda, cae sobre ellas.

El ojo se llena de sangre.

Vuelve a despertarse gritando, pero esta vez es diferente. Ahora Alba sabe que eso sucedió. Sabe cuándo y sabe dónde.

Estaba en Loeiro.

Está en Loeiro». (p. 34)

BERTA FREIJOMIL

Criada en Loeiro por sus tres tías solteras, las hermanas Freijomil, Berta nació en Argentina en 1975 y fue enviada a Galicia por su padre, Emilio Freijomil, tras morir la madre en el parto. O ese es el relato que cuentan sus tías; un relato que la pequeña Berta, a medida que crece, comienza a poner en duda. Aficionada a las novelas de María Gripe, se embarca en una investigación detectivesca que la conduce hacia la verdad acerca de sus orígenes, pero desvelar ciertos secretos tiene un precio y en noviembre de 1984, Berta es víctima de un brutal ataque en el Molino del Cura. Sobre este episodio que le cuesta la vida, hay varias versiones y ninguna resulta demasiado convincente, como pasa con todo lo que sucede en el hermético entorno de las hermanas Freijomil.

«Abrieron el baúl y sacaron todo el contenido. Hallaron más fotografías antiguas. De nuevo a Berta le costó reconocer a sus tías en esas tres mujeres de vestidos de flores y melenas cardadas. La más moderna era sin duda Cecilia, pero incluso la tía Aurita presentaba una apariencia relajada y sonriente que Berta había visto en muy contadas ocasiones. También había fotos de la inauguración de la mercería de la tía Trini en Seixo.

—Además de los papeles de la casa, están los de la mercería. Y mira, una foto de mi abuela Rosalía. Y en esta de aquí, mi bisabuela Lola, la del cura.

—Eso siempre me ha parecido gracioso —apuntó Mila.

—A la tía Aurita no le hace ni pizca de gracia —reconoció Berta—. Esto son libretas de la caja de ahorros de Pontevedra. A ver cuánto dinero tienen las tías.

—Eso no está bien.

—Lo que no está bien es que no me digan la verdad, ya tengo nueve años».
(p. 77)

ÁUREA FREIJOMIL

Áurea, o Aurita, es la mayor de las tres hermanas Freijomil. Mujer alta, espigada y de mirada soberbia y severa, ostenta la autoridad en la familia desde hace décadas: sus hermanas menores, Trinidad y Cecilia, jamás se atreverían a cuestionar sus palabras y acciones. Es ella, al fin y al cabo, la que ha trabajado duro para sacarlas adelante cuando quedaron huérfanas, criar a Berta y proteger al clan de las habladorías, intentando que las tres Freijomil se sobrepongan a un pesado y escandaloso estigma: ser las nietas del cura de Loeiro.

«A la despedida del sacerdote siguió una oleada de susurros. Áurea se levantó del asiento de cuero negro en el que su figura se confundía día tras día, siempre angustiada, siempre impertérrita y cavilosa.

Las tres hermanas abandonaron el templo las primeras, despidiéndose de aquellos con los que se cruzaban con un leve ademán. Presurosas, se encaminaron hacia el cruce que las conducía a la playa de Loeiro. Desde atrás, sus figuras altas, espigadas y oscuras resultaban siniestras, como las de las tres parcas que dirigen el destino de los comunes mortales.

“Podéis ir en paz”, se repitió Áurea para sí. Ella se encargaría de eso.

De que volviese la paz». (p. 37)

TRINIDAD FREIJOMIL

A Trinidad, la hermana mediana, Sinda la recuerda como una niña lista y curiosa que amaba la lectura. Su paso por la escuela fue breve, pero allí Trini aprendió lo necesario para poder abrir una mercería en Seixo y llevar las cuentas del negocio sola. Este pequeño emprendimiento le dio independencia y la posibilidad de ayudar económicamente a sus hermanas. Desde la muerte de Berta, sin embargo, Trini se sumió en el duelo, vistiendo de luto y cargando en silencio con un asfixiante nudo de secretos.

«Alba ya no la escuchaba. Las vio de lejos. Era imposible no percatarse de la presencia de las tres mujeres. Junto a Aurita y Cecilia, a las que había conocido esa semana, estaba la otra hermana, Trinidad. Tenía el pelo cano como la mayor, aunque más largo. Su rostro se asemejaba más al de la pequeña. Sin poderlo remediar dirigió sus pasos hacia ellas.

—¡Alba, no! —Sinda intentó detenerla sin éxito.

Los rostros de las tres hermanas se giraron hacia ella en cuanto llegó a la tumba.

BERTA GLORIA FREIJOMIL SANTOS

1975-1984

Amada hija de Emilio y Gloria

Nada más.

Sentía que tenía que plantarles cara. Necesitaba saber qué clase de persona llora a una niña muerta ante su pueblo después de abrirle la cabeza. Se corrigió a sí misma. Como Iria decía, quizá no habían sido ellas, aunque no conseguía olvidar esa frase casual que había oído de boca de Sinda: “He visto a Áurea, la mayor de ellas, partirle el cuello a un conejo de un solo movimiento”.

—Pobrecita —dijo Alba—, era solo una niña.

—Lo era —dijo Trini, con serenidad—. La más inteligente, cariñosa y mejor de las niñas». (pp. 102-103)

CECILIA FREIJOMIL

La menor de las tres hermanas es una hábil costurera que siempre lleva el cabello recogido en un moño. Mujer sensible, frágil y muy emocional, no ha sabido oponerse a las órdenes de Áurea ni buscar un poco de independencia, como Trinidad, pero es quien se ha mostrado más cariñosa y maternal con Berta. Perder a la niña fue un duro golpe para Ceci, que desde entonces vive atormentada por las pesadillas y por una culpa que no se atreve a expresar en voz alta.

«El cerdo seguía colgado de las vigas del techo del alpendre, para que la carne se enfriase lo suficiente antes del despiece. Cecilia comenzó a trocearlo. Esto siempre se lo encargaban a ella. No era la que más fuerza tenía de las tres, y desde luego no disfrutaba con esa labor como parecía disfrutar Aurita cuando mataba un pollo o un conejo, pero era la más mañosa, quizá por ser costurera, y la tía Lola siempre le encomendaba esa labor a ella.

Se requería una especial habilidad para despiezar el animal. El cuchillo tenía que estar bien pegado al hueso, y había que ejecutar el corte con firmeza, de manera que se preservasen las partes más sabrosas como lomos, costillas, solomillos o jamones. Después de haberlo despiezado, separó los trozos de

carne sobrantes para destinarlos a los chorizos. Por último, separó los huesos el espinazo y las patas con las que harían el cocido. Parte del tocino lo salarían como el resto de la carne, y otra parte la destinarían a los chicharrones». (p. 272)

EMILIANO

Conocido en Loeiro como «El Portugués», Emiliano, el casero de Alba, es un octogenario huraño y de aspecto descuidado que posee un par de propiedades en el pueblo y varios perros agresivos. Alba se siente intimidada por él, y sus temores se acrecientan a raíz de algunos episodios siniestros que ocurren en la casa que le alquila, pero ni Iria ni Sinda creen que pueda ser realmente peligroso. Lo que está claro es que, por su manera de actuar, Emiliano está al corriente de algunos secretos que enlazan pasado y presente.

«—Es ella, ¿no? —preguntó el Portugués—. El tullido ese, el hijo de Benita, ha dicho que la forastera a la que le he alquilado la casa tiene un ojo de cada color. Como tu niña muerta.

—Si está muerta, no puede ser ella —sentenció la mayor de las Freijomil, arrugando la nariz para eludir el olor a amoníaco, orines y sudor. Un olor fermentado y persistente que le provocó un vuelco en el estómago.

—A veces se te olvida que sé toda la verdad.

—Y a ti que yo soy la mano que te da de comer.

—Dime si es ella y cómo es posible.

Aurita escrutó su rostro mugriento y retrocedió un paso. Medio Loeiro creía que Emiliano sufría un retraso. La única realidad era que el hombre era un cerdo. Otra clase de cerdo. De los que se revuelcan en su propia mierda, solo están cómodos entre animales de su calaña y venderían o hasta matarían a su madre por unas monedas». (p. 72)

IGNACIO BENGOA AGUIRRE

Hombre atractivo, carismático y seductor, este médico ginecólogo vasco pasa una temporada en Loeiro a mediados de los años setenta, donde traba relación con las hermanas Freijomil. Una década después, en noviembre de 1984, desaparece sin dejar rastro: el suyo es un caso extraño que, a falta de un cuerpo o cualquier otro indicio, la policía no ha logrado resolver.

«Sonó un golpe en la puerta. Una chica de la edad de Ignacio, de cabello negro y muy corto, abrió la puerta.

—A cenar —dijo la muchacha, antes de girarse y desaparecer sin mediar más palabra.

—Ada insiste en contratar a chicas del pueblo sin experiencia —se disculpó Álvaro—. Tendréis que perdonar los modales de la chica. Aurita apenas lleva una semana con nosotros. Es huérfana y su tía, que las cuidaba a ella y a sus dos hermanas pequeñas desde que murieron sus padres, también acaba de fallecer, así que Ada ha decidido que Aurita es nuestra obra de caridad de este mes.

—Interesante —dijo Ignacio, al que de repente la estancia en Loeiro se le antojaba un poco menos penosa». (p. 81)

MIKEL UGARTE APAOLAZA

Sobrino político de Ignacio Bengoa, Mikel, al igual que su tío desaparecido, es ginecólogo y dirige una prestigiosa clínica en San Sebastián. Con la intención de que Alba pueda reconstruir una verdad que parece conducir a las Freijomil y a Ignacio, Iria la pone en contacto con él: el médico y Alba no tardan en descubrir que los unen los traumas de infancia, el desamparo y la sensación de haber crecido entre mentiras. La conexión entre ellos es inmediata y Mikel asume el rol de protector de esta mujer que necesita recuperar su pasado y saber qué la ha llevado hasta Loeiro.

«A Alba le entraron unas ganas irrefrenables de llorar. De repente, delante de sus ojos desfilaron un montón de imágenes: la rata muerta desangrándose en su lavabo, la mirada de odio de Áurea Freijomil ante la tumba de Berta, que era la suya, y la tumba de sus padres, los únicos que había conocido, en Lugo.

Se escuchó llorar y sintió que eso era lo único que podía hacer. Por lo sola que se había sentido siempre, y porque ese hombre, al que conocía desde hacía solo dos días, le hacía sentir que no lo estaba.

Mikel la miró tras sus gafas.

—Espero que llesves pañuelos, porque yo nunca llevo —dijo él, quitándole hierro al asunto—. Mañana te sentirás avergonzada por este momento de intimidad. No te preocupes, en cuanto recuperes el aliento te voy a subir al Faro de la Plata. El lugar al que me escapaba cuando mi madre se metía un pico, o cuando me echaba de casa porque había subido a un tío a su habitación. Yo mejor que nadie sé que todos necesitamos un sitio donde ir a llorar». (p. 198)

RODRIGO FILLOY

El sustituto de Iria Santaclara en la comisaría de Pontevedra es un inspector de mediana edad con un gran sentido del deber, la justicia y los límites de la

legalidad. Ha oído mucho acerca de su predecesora, y está dispuesto a ayudarla, siempre y cuando Iria no se tome atribuciones que no le corresponden como investigadora privada. Las pulseadas de poder entre ellos son frecuentes, pero gracias a Rodrigo, Iria consigue ir atando cabos. Mientras Loeiro se revela como un campo minado de secretos, al lado de este inspector que la entiende mejor de lo que ella cree, la investigadora tiene que enfrentarse a una pregunta dolorosa: ¿está preparada para concederse una segunda oportunidad en el amor?

«Rodrigo Filloy la miró detenidamente. Era una mujer guapa y triste. Tenía muchas ganas de conocerla y por eso no había desaprovechado la oportunidad de tomarse un café con ella. Iria Santaclara había dejado huella en esa comisaría. No había medias tintas.

El comisario Rial manifestaba un profundo desprecio por la mujer que lo había puesto en jaque ante uno de los hombres más poderosos del país, y la había descrito como una listilla prepotente, de esas que por ser jóvenes se creen mejores que los policías más veteranos y carecen del más mínimo respeto por sus jefes. Sin embargo, los compañeros de Iria la describían como una mujer discreta, trabajadora y con un gran sentido de la responsabilidad. También la consideraban dura y estricta, pero justa y muy competente.

Ahora que la tenía delante se dio cuenta de que ambas versiones no estaban reñidas con la realidad. Entendía que Rial se sintiese amenazado por una mujer más joven y formada que él y que no se dejaba impresionar por su simple estatus». (p. 117)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. En *Asesinato en el Molino del Cura*, Arantza Portabales regresa a Loeiro, escenario principal de la serie que comenzó con la novela *Asesinato en la Casa Rosa*. ¿Cómo se retrata la vida y la dinámica social en el pueblo? ¿Cómo influye el escenario en el tipo de crímenes que se cometen y en los secretos que se traman? ¿Creéis que la historia de Alba se podría trasladar a otro escenario?
2. La novela navega entre pasado y presente, yendo del otoño de 1984 al de 2025, cuando Alba Mariño llega a Loeiro. ¿Por qué creéis que la novela transcurre, principalmente, entre otoño e invierno? ¿Qué peso tienen en la historia aspectos como el clima gallego, las pocas horas de luz y la soledad que reina en Loeiro en otoño?
3. Alba sufre una amnesia retrógrada total y cree no recordar nada acerca de su infancia. ¿De qué manera moldea su personalidad la ausencia de recuerdos de infancia? ¿La memoria perdida consigue emerger de alguna forma? ¿Qué ocurre en la novela con la frontera entre recuerdo y fantasía? ¿Qué papel juegan los sueños de los personajes?
4. Sin recuerdos de infancia, Alba se siente una mujer incompleta que necesita atravesar los huecos de su memoria. ¿Es su amnesia una limitación vital o puede ser entendida como un mecanismo de defensa? Frente a la posibilidad de continuar adelante viviendo una mentira, ¿la búsqueda de la verdad que emprende Alba está retratada como un acto necesario o como una imprudencia?
5. De manera consciente, Alba no recuerda nada de su infancia. El olvido, en su caso, parece ser una estrategia de supervivencia. ¿Hay más personajes que recurran al olvido para continuar adelante? ¿Cómo es la relación de Iria con la memoria? ¿Ella es capaz de olvidar y sobreponerse al pasado?

6. En la novela aparecen varios elementos inquietantes que revisten de simbolismo a la narración. ¿Qué representa la cicatriz de Alba? ¿Y cuál es el simbolismo del molino? ¿Por qué el ojo es un elemento recurrente en las pesadillas de Alba? ¿Qué significado tiene la muela del molino para este personaje?
7. Aunque Iria ya no forma parte del cuerpo policial, su búsqueda de la verdad se rige por códigos y métodos propios de un investigador profesional. Al lado de esta investigadora privada, ¿qué representa Sinda? ¿Cuál es la importancia del apodo «la Gestapo»? ¿Qué nos dice la novela respecto al conocimiento de la comunidad y las vías de acceso a la verdad?
8. Tras la muerte de Ángel, Iria se siente más insegura y vulnerable. En cuanto a Sinda, es una mujer acostumbrada a la soledad, que con la edad, sin embargo, teme volverse una anciana amargada. ¿Qué supone para estos personajes la llegada de Alba a Loeiro? ¿Y qué rol desempeñan ellas en la vida de Alba?
9. Las hermanas Freijomil tienen personalidades muy distintas. ¿Qué representa cada una de ellas? ¿Diríais que son personajes que se complementan o que están en permanente tensión?
10. Aurita, la hermana mayor, es quien ostenta el poder dentro del pequeño clan Freijomil. ¿Cómo influye su dinámica de poder en el destino de Berta? ¿Cuáles son los resortes que la mueven a tomar decisiones que marcan la vida de sus hermanas y de la niña? Si al comienzo se la retrata como una mujer severa y autoritaria, ¿a lo largo de la novela podemos verla de otra manera?
11. En Loeiro todos guardan secretos, comenzando por las hermanas Freijomil. ¿Qué nos dicen sus secretos acerca de la moral y la hipocresía en la sociedad rural gallega en los años setenta y ochenta? ¿Cuál es el peso que tiene el apodo «las del cura» en la historia? ¿Cómo influye en la relación con el resto de la comunidad?

12. La novela habla de estigmas sociales como la bastardía, la maternidad fuera del matrimonio, la soltería y la orfandad. El estigma, según la novela, ¿adónde nos conduce? ¿A la vergüenza? ¿A la mentira? ¿A la culpa? Los estigmas de hoy, ¿son los mismos que refleja la novela?
13. La historia narrada navega entre 1984, cuando muere Berta, y 2025, cuando Alba llega a Loeiro. Entre pasado y presente, ¿hay paralelismos?
14. Mikel irrumpe en la vida de Alba como el primo que viene a salvarla de la soledad, el desamparo y una vida construida sobre mentiras. A ojos de ella, y de todos los que la rodean, parece un hombre honesto y generoso que actúa movido por el amor y el deseo de reparar viejas heridas. ¿La autora posiciona al lector y a los personajes en el mismo nivel o nos da la posibilidad de ir un paso por delante de Alba, Iria y Sinda?
15. En cuanto a la relación entre Iria y Rodrigo Filloy y la manera en que el inspector colabora con la investigadora, ¿qué dice la novela a propósito de las zonas grises de la ley y el funcionamiento de la justicia?
16. Hecha de secretos, mentiras y lagunas, la historia de Alba se va reconstruyendo poco a poco. A la luz de toda la verdad y del curso que toman los acontecimientos, ¿ha cambiado vuestra opinión sobre las hermanas Freijomil? ¿Las consideráis cómplices de una monstruosidad? ¿O víctimas de una sociedad que las señala y las acorrala?
17. Después de que Alba confronte a las hermanas Freijomil y les exija la verdad, Iria le dice que «las familias son como las casas: si los cimientos están podridos, siempre hay peligro de derrumbe». ¿Qué opináis de esta frase? ¿Cómo se proyecta a lo largo de la novela?

LA AUTORA



© Rubén García

ARANTZA PORTABALES (San Sebastián, 1973) es licenciada en Derecho por la Universidad de Santiago de Compostela. Inició su carrera literaria en 2013 con la microficción. Tras obtener el Premio de Narración Breve de la UNED por «Circular C1: Cuatro Caminos-Embajadores» y el Premio Manuel Murguía de relato por «Xanelas», su microrrelato «Las musas» resultó ganador del concurso de la Microbiblioteca de Barberà del Vallès, que volvió a ganar en 2021 con «Los que observan». Es la autora de la colección de microrrelatos *A Celeste la compré en un rastrillo* (2015) y del libro de relatos ilustrado *Historias De Mentas* (2020). En 2015 publicó su primera novela en lengua gallega, *Sobreviviendo*, que mereció el XV Premio de Novela por Entregas de La Voz de Galicia y que la autora reescribió para su edición en Lumen en 2022

(Premio Tormo Negro Masfarné). Los derechos de su segunda novela, *Deje su mensaje después de la señal*, publicada inicialmente en gallego y ganadora del Premio Novela Europea Casino de Santiago 2021, fueron vendidos a tres importantes editoriales extranjeras tras la noticia de su edición en Lumen en 2018. Con *Belleza roja* (Lumen, 2019), ganadora del Premio Frei Martín Sarmiento, inició la serie protagonizada por la pareja de policías Abad y Barroso, que continuó en *La vida secreta de Úrsula Bas* (Lumen, 2021) y *El hombre que mató a Antía Morgade*. Con *Asesinato en la Casa Rosa* (Lumen, 2025) inició la serie de «Los crímenes de Loeiro», que continúa con *Asesinato en el Molino del Cura* (Lumen, 2026). En 2024 recibió de la Xunta de Galicia el Premio a la autora más leída en los clubes de lectura.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Con un final trepidante [...] retrata el ambiente opresivo en los pueblos pequeños, el estigma y la violencia invisible contra las mujeres. [...] Los que entren en Loeiro, no tendrán fácil encontrar la salida».

Telediario (RTVE)

«Portabales levanta una novela de atmósfera opresiva, sí, pero también de muchas capas. [...] Lo suyo no es solo noir. Lo suyo es, sobre todo, una forma de explorar la condición humana desde el lugar exacto donde más duele: lo que no se cuenta, lo que no se resuelve y lo que, por no haberse dicho, termina creciendo dentro».

Carolina Isasi Vicondoa, *Telva*

LA CRÍTICA HA DICHO SOBRE *ASESINATO EN LA CASA ROSA*

«Portabales lo borda [...] para mantener al lector al filo, atento, también para sorprenderlo y engatusarlo».

Juan Carlos Galindo, *Babelia*

«La mejor novela de Arantza Portabales. Un homenaje a las novelas más clásicas de enigma que toma un montón de temas que están en la agenda social de hoy, con un universo literario absolutamente personal».

Marina Sanmartín

«Un artefacto muy medido, con un ritmo rápido y capítulos breves con sorpresa final, que te hacen querer más, seguir avanzando. Una novela de las que se devoran en dos noches de insomnio».

Marta del Riego Anta, *Zenda*

«Homenaje ya desde su título a Agatha Christie [y] a su colega gallego [...] Domingo Villar».

Xavier García, EFE

«Una novela que se lee de maravilla de principio a fin, con una planificación magistral».

Juan Carlos Galindo

«400 páginas de intrigas, misterios y mentiras. [...] Leí sin parar, sin querer mirar la hora. Parando solamente para tratar de unir las pistas que hábilmente va desperdigando la autora. [...] Soy muy fan de Abad y Barroso, pero Santaclara y Araújo [...] le dan otro aire a estas historias adictivas, y bien escritas».

Chus Gómez Dorrego, *Diario de Pontevedra*

«Una de las autoras de novela negra más de moda, más reconocida, más potente».

Carles Francino, *La Ventana* (Cadena SER)

«Arantza Portabales consigue que el lector sospeche de todos. [...] Negra, muy negra».

Carmen Mola

